

15 de Julio de 1908. Año V. N.º 110.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.º, entr.º Apartado en Correos n.º 445.

Los apaches de antaño

Por la lectura de la Prensa diaria, conocerán nuestros lectores las hazañas de los apaches, nombre dado á los malhechores en París, que atracan á los transeuntes desvalijándoles y matándoles, si llega el caso, por ofrecer resistencia alguna.

Bueno es que consignemos que en España, la nación atrasada, que sirve de burla á las grandes potencias, estamos en un verdadero atraso en este sentido y que los apaches aquí no existen. Nuestros malhechores son criminales vulgares que no merecen la consideración de un artículo.

Pero no es nuestro objeto ocuparnos de las fechorías de la gente maleante parisién de ahora. Los apaches tienen también su historia, y ocuparnos de estos bandidos de antaño es el objeto del artículo.

En los Archivos nacionales de Francia, existen documentos curiosísimos, piezas de convicción que han figurado en procesos célebres: la máquina infernal de Fieschi, y entre otra multitud de objetos, el cráneo del célebre apache Raffial. Este cráneo no es precisamente el del famoso criminal, sino un cráneo en el cual los *acogotadores*, en el siglo XVIII, bebían vino, quizá sangre, para festejar algún negocio, del mismo modo que los estudiantes alemanes de Heidelberg ó de Oxford bebían vino aromatizado en su tradicional *hanap*.



Asesinato de Claudio Bonnefond.

Tal vez revolviendo los Archivos, sería difícil encontrar algo que justificase la leyenda de Raffiat y su cráneo; de lo que sí se encuentran datos es del propio Raffiat, bandido parisién de unos veinte años, asesino; menos célebre que Mandrin, Cartouche y Collet, su nombre es poco conocido actualmente, habiendo quedado escaso recuerdo de sus hazañas.

—¿Os llamáis entre sí *apaches*?—preguntaba el presidente del Tribunal á uno de esos sujetos.

—No, señor. Esa palabra es invención de los periodistas.

Sea lo que quiera, bien sea cierta esta respuesta, ó, por el contrario, la palabra la inventase el célebre novelista Aymard en una de sus obras, lo cierto es que ha hecho fortuna y se conserva.

Invención ó no de ahora, si el apache con este nombre no se ha conocido antiguamente, á lo menos el criminal que realizaba los crímenes en la misma forma es antiguo, y de ello pensamos ocuparnos.

Bajo el reinado de Luis XV, desde que se ocultaba el sol, los apaches se enseñoreaban de las calles

de París, á pesar de la vigilancia de los soldados de la ronda.

Hacia 1731, una banda de ladrones, perfectamente organizada, robaba las casas de París y sus cercanías. Tuvo la audacia de desvalijar, en pleno día, la casa del duque de Orleans. La Policía concluyó por detener á la banda, y más de treinta ladrones sufrieron la pena de muerte en la plaza de la Greve. Alguno usaba nombres pomposos, como Carlos de Caille de Castellane, apodado la *Granada*, que había cometido más de diez y siete robos. El jefe era un joven de diez y seis años, Guillermo Germain Henry (a) *Raffiat*, que fué ahorcado en 1732.

Los «acogotadores» de París.

A pesar de estas ejecuciones, los ataques nocturnos continuaron, y diez años más tarde, París estaba verdaderamente aterrorizado por una nueva asociación de malhechores. En 1742 aparecía en un diario parisién lo siguiente:

«Hace tres meses—esto se escribía en el mes de diciembre—que se ha formado en esta población una compañía de bandidos para robar y asesinar en las calles. Ha habido muchas personas acogotadas entre nueve y diez de la noche, lo mismo en las calles céntricas que en los suburbios y ha habido necesidad de reforzar las rondas.»

A estos bandidos se les llamaba *acogotadores*, y eran los que hoy se conocen con el nombre de apaches.

En los Archivos franceses existen datos muy curiosos acerca de las costumbres de estos bandidos.

Un asesinato llamó la atención en aquella época. Una noche de verano, del sábado al domingo 17 de junio de 1742, Claudio Bonnefond, tesorero de los dominios de Bretaña, pasaba con su criado por la calle de Saint-Honoré. Había comido en casa de un amigo de la calle de Santo Tomás del Louvre, que formaba parte de barrio tortuoso y vías estrechas. Eran las dos de la madrugada, la temperatura era agradable, y el tesorero marchaba tranquilamente hacia su domicilio. De pronto, cerca de la calle de Bourdonnais, un individuo se destacó de la sombra, quitó la espada á Bonnefond y le dió un garrotazo en la cabeza. El criado gritó pidiendo socorro. Los bandidos eran cinco ó seis, tendieron al desgraciado en tierra, propinaron varios golpes al criado y huyeron después de haber robado el reloj á Bonnefond. El criado levantó á su señor y sosteniéndose mutuamente, se dirigieron á los Halles, donde los pescadores preparaban su mercancía para el día siguiente. Los vendedores les auxiliaron, les condujeron á casa de un cirujano de la calle de la Fenonnerie y avisaron á la ronda. Las lesiones eran graves. Tenía un fuerte golpe en el cráneo y una herida de arma blanca que le había atravesado el estómago, y el tesorero murió al día siguiente. Para tranquilizar al público, se dijo que no se trataba de un ataque nocturno, sino de una venganza.

Algunos días después de este asesinato, Claudio Grandmaison de Dornette, antiguo comisario de guerra, pasaba hacia media noche por la calle de Aubry-le Boucher. Iba solo. De pronto sintió que una mano se apoderaba del puño de su espada y la sacaba de la vaina. Se había llevado la operación con tal rapidez, que Grandmaison no había podido evitarlo. Estaba desarmado. Con los brazos intentó parar los golpes, pidió socorro y los ladrones huyeron llevándose la espada, que tenía las guardas de plata.

Los ataques nocturnos se sucedieron. No se pasaba día sin que se registrase un robo ó un asesinato. La espada que los gentiles hombres llevaban al cinto no servía de nada. No les daba tiempo ni á sacarla. Parecía que los ladrones hacían colección de empuñaduras de espada. Todas las víctimas eran atacadas en la misma forma. Era, digámoslo así, la marca de fábrica. Se acogotaba á los burgueses y se desvalijaba á los gentiles-hombres. Se asesinaba á los sargentos de las guardias, como á Portville, que fué acogotado y robado cerca de Santa Pelagia, casi en pleno día, á las siete de la tarde del 20 de septiembre.

La ronda continuaba recorriendo los callejones; pero las pesadas botas de los arqueros denunciaban su presencia y prevenían á los *acogotadores*, que continuaban invisibles á la Justicia.

Los jefes de la banda.

El azar sirvió á la Policía. Una noche de octubre, hacia las diez, una ronda nocturna, conducida por un cabo, iba á relevar la guardia de la barrera de Saint Honoré, cuando un traseunte les indicó que había visto en las cercanías una docena de hombres armados con garrotes y que tenían el aspecto de ser los que *asesinaban al público*. La ronda corrió en el sentido indicado, se dió una batida por el barrio. Nadie. Los bandidos habían desaparecido. De pronto, al volver la calle de Saint-Honoré y la de la Cruz-des Petits Champs, los soldados apercibieron á tres individuos de mal aspecto. Dieron un silbido y corrieron en distintas direcciones. De los tres, uno pudo escapar, el último, arrojando antes al suelo una pesada barra de hierro, el arma de los *acogotadores*, sin duda; los otros fueron detenidos y el sargento Theriot les hizo el primer interrogatorio. Estaban bien vestidos, ó por mejor decir, las ropas eran de buena calidad, aunque lo mal que estaban de hechura hacía adivinar cuál era su procedencia.

—¿De dónde proceden estas ropas?

—De un revendedor del *faubourg* Saint-Antoine, al que las hemos comprado.

Y no sólo no parecían emocionados de su detención, sino que miraban irónicamente al sargento Theriot. Uno de los detenidos tenía veinticuatro años; el otro, diez y ocho.

—¿Vuestro nombre?

—Roussel.

—¿Y el vuestro?

—Juan Desmoulins.

—¿Vuestra profesión?

— Buscavidas, y la del muchacho, tornero.

—¿Habéis sido condenado? ¿Estáis reclamados por la Justicia?

—¡Nunca!

Se les hizo desnudar y se vió en la espalda de Roussel la marca V impresa á fuego. Esta señal era indeleble.

—¿De dónde proviene esta marca?

—No lo sé.

—¿Habéis sido condenado?

—¡Ah! sí .. He estado tres años en las galeras del rey... por una desobediencia. Esto no tiene importancia y por eso no me acordaba.

Esta desobediencia era, sencillamente, una condena por robo.

— ¿Y no trabajáis?

Los apaches de hoy día todos tienen certificados que les acreditan como honrados trabajadores. Pero aquéllos respondieron con energía:

—Nosotros no trabajamos.

—Yo he servido en Lyon—dijo Roussel -, en casa de un traficante de ganado, que me trajo á París y ha marchado ayer.

— Pero tenéis varias cicatrices; ¿de qué son?

— He sido herido por unos soldados suizos al intentar separarlos.

Al día siguiente de la detención de Roussel y Desmoulins, había cerca del palacio de Justicia, cuyos alrededores eran entonces un verdadero laberinto de calles, una gran reunión en casa de un traficante Delante de una mesa, ante sendos vasos de aguardiente, hablaban varios jóvenes de la Policía.

— ¿Sabéis—dijo uno de ellos, llamado Rocher y al que conocían por *Rochery*—que Roussel y Desmoulins han sido detenidos? Bertrand ha podido salvarse; pero ha perdido la barra de hierro.

Yo tengo otra mejor que la de Bertrand—dijo uno muy moreno, á quien los compañeros miraban con respeto.

Este era un sujeto de veinte años, llamado Raffiat, que vendía en las calles números de lotería, y que al hablar así á sus compañeros enseñaba un palo de madera muy dura, que terminaba en forma de látigo y que tenía al extremo una bola de plomo.

—Con esto no temo nada. No hace ruido y es mejor que un par de pistolas. Tengo buenos útiles para trabajar.

Visiblemente, era el jefe escuchado y respetado.

Lo extraño era que se llamaba Raffiat, lo mismo que el ejecutado en 1732, con la diferencia de que en éste era el verdadero nombre, y en el otro, en cambio, era un sobrenombre.

Todos, más ó menos en relaciones con la Justicia, habían visitado la cárcel. Uno de los jóvenes tenía quince años y no representaba más de trece. Se le designaba con el nombre de *el pequeño Felipe*. Era alegre y decidor.

—Yo no necesito herramientas—decía—: doy un encontronazo al que me encuentro y asunto concluído. Vosotros os encargáis de lo demás.

La concurrencia escuchaba silenciosa las palabras del pequeño Felipe, demostrativas de cómo robaba los bolsillos en las iglesias y las petacas y carteras en la calle.

Apodos curiosos.—Reparto del botín.

Todos los concurrentes al *cabaret* del muelle de Morfondus que acabamos de visitar podían entretener durante un rato relatando sus hazañas.

En patrullas de cinco ó seis operaban por las noches en París; después se reunían en algún *cabaret* para repartirse el botín. Hablaban siempre en un *argot* especial, tomado del caló y otros dialectos parecidos, lenguaje que se conserva actualmente en todas las naciones entre la gente maleante, aunque algo desfigurado.

Los puntos que elegían, principalmente, eran el *Sol de Oro* de la calle de Saint Merry ó el *cabaret* de la Magdalena, de la calle de San Sulpicio. Allí se reunían todos los camaradas: Thibault, por sobrenombre *Blondin*, de quince años, limpiabotas y perfecto ladrón; Felize, soldado suizo, hábil en el asesinato; Claudio Legran (*Buindamour*), tambor del regimiento de Touraine; Lanfernat (a) *Chevalier; La Victoria*, soldado de guardias francesas, gran bebedor y gran ladrón; Jacobo Molière, que prefería á su ilustre apellido el sobrenombre de *Bernardin*, soldado del regimiento de Holandeses; Joubert, soldado desertor que robaba los cubiertos en los establecimientos de comidas; el granadero *La Tulipe*, que se vanagloriaba de haber asesinado con su sable á no pocas personas; *Voltefece*, que llevaba siempre el cuchillo empalmado, *por si acaso;* Senert, apodado el *Comisario*, que hacía á pluma y á pelo, es decir, que robaba y trabajaba con la Policía; Condé, llamado *La Poignon*, que provisto de unas cuantas llaves, se comprometía á abrir todas las puertas de París. Entre estos apodos, no faltaban otros extravagantes, como *Quijada de caballo*, etc. Se habrá notado que la mayor parte de estos apaches eran soldados.

Las mujeres de estos *caballeros* valían lo mismo. La Lafort, apodada *La Fouchon*, querida de Raffiat, que servía para vender los objetos robados; Ana Juana, *La Borguesse*, ornamento de las tabernas por las noches; Antonieta Dien, *La Frissé*, á causa del mal color de cabello, era una evadida de las casas de corrección; había abandonado á su marido, tambor de Guardias francesas, para seguir la vida de aventuras de los apaches.

Los días de fiesta, se reunían en algún restaurant de las afueras, bebiendo aguardiente, cantando y bailando.

Las alhajas, los objetos de plata y de oro robados, se fundían en un crisol. Alrededor de estos ladrones aparecían otras gentes que se aprovechaban de lo robado, para adquirirlo á bajo precio.

La detención de Roussel y Desmoulins dió un golpe terrible á la banda de *acogotadores*. Ya era tiempo. Las víctimas eran demasiado numerosas en París.

Se asesinaba en la calle Saint Martin, Capuchinos, Portefoin y en pleno París, á las nueve de la noche.

Los ladrones entraban en pleno día en las casas, llamaban ocultando el bastón de hierro y sorprendiendo al que abría la puerta, le asesinaban.

Muchas veces lo robado era motivo de discusión entre los partícipes, y los cuchillos salían á relucir en los *cabarets*. También los *apaches* se batían no pocas veces por el amor de *La Fouchon* ó de *La Frissé*.

Un sumario que dura quince años.

La detención de Roussel y Desmoulins no había hecho á Raffiat más prudente, hasta que se hizo detener.

Con sus camaradas *Sans Regret*, *Guart d'œil* y *La Ganache*, había asesinado en la calle de Capuchinos, el 5 de octubre, á M Charmag. *Guart d'œil* había tomado el reloj. *La Ganache*, su espada, y *Sans Regret*, el bordado de plata del traje. El reloj se había entregado á la Brag, pero ésta había sido detenida antes de entregar el dinero de la venta. ¿Qué hacer? El Chatelet no era una prisión inaccesible. Los detenidos podían comunicar, gracias á la complicidad del guardián. Para tener más libertad se simulaban enfermos y se hacían transportar á la enfermería. Los prisioneros recibían visitas, altos personajes, grandes damas que no desdeñaban hacer esa obra de caridad.

Raffiat fué á la prisión á visitar á la Brag para preguntarle si tenía todavía el dinero. Dió 18 libras, que debían servirle á Raffiat para comprar pistolas. Pero al salir de la prisión fué detenido por los arqueros, así como su compañero *Sans Regret*, y uno y otro fueron conducidos á la prisión. Sus cómplices no tardaron en seguirles. La instrucción del sumario duró quince años. Se decía de público, que entre los *acogotadores* había personas de distinguidas familias; pero, en realidad, no había sino profesionales del crimen, alguno de los cuales había adoptado nombres de personas aristocráticas. Los detenidos mostraron desde luego gran energía. Ni la tortuna les hizo confesar.

Los brodequines les arrancaban gritos de dolor, pero no hacían que confesasen.

Pero cuando llegó el momento de darles muerte, con objeto de prolongar algo la existencia, pidieron hacer testamento y prestar nuevas declaraciones, y entonces Raffiat confesó parte de sus crímenes, y Rochery y Desmoulins denunciaron á veinticuatro de sus camaradas.

Abatidos los condenados, al salir á la calle adquirieron de nuevo su osadía. Era preciso mostrarse enérgicos ante el pueblo.

Suplicio horrible.

Desmoulins, el joven de diez y siete años, siguió viviendo veintidós horas en la rueda. Su cuerpo mostraba una resistencia extraordinaria. Hacía un frío extremado, y los sacerdotes que asistían al condenado hasta su muerte, tenían que relevarse. Viendo que la resistencia del condenado era asombrosa, se decidió, después de horribles martirios, estrangularlo.

En la rueda murieron también *Guart d'œil*, *La Ganache*, *Voltefece*. Ahorcadas la viuda Massias y *La Fouchon*, la querida de Raffiat, y la *Frissé* y Joubert, el soldado desertor y algunos otros.

Los demás fueron condenados á trabajos forzados en las galeras del rey.

Hoy no se usan los procedimientos de tortura, y la pena capital no existe de hecho, aunque, por desgracia, existen no pocos criminales, como Raffiat, el Pequeño Felipe y otros, que tienen aterrorizados á los vecinos de la capital francesa.

Con más libertad se puede atravesar el imperio marroquí, vestido á la europea, que separarse del centro de París, armado de todas armas.

Bandidos en automóvil.

Los bandidos se modernizan. Dígalo si no Agustín Sartre, mecánico, domiciliado en Neuilly, en la calle de Fraviers, núm. 12, que hace ocho días paseaba en auto, en compañía de un operario de su taller, cuando vieron venir de Saint Cloud otro carruaje que llevaba cinco personas, entre ellas una mujer. Al aproximarse, el individuo que manejaba el volante maniobró de tal forma, que volcó el coche en la carretera, interceptando el paso. Uno de sus compañeros sacó entonces un revólver diciendo:

—Si no descendéis del carruaje, os mato.

Trataron de defenderse el mecánico y su compañero; pero todo fué inútil. Los cuatro hombres se lanzaron sobre ellos, golpeándoles brutalmente ó hiriéndoles de gravedad. Después montaron todos en el automóvil del mecánico, indudablemente mucho mejor que el que ellos habían llevado y se alejaron.

M. Sartre dió cuenta del hecho, comunicando á la Gendarmería las señas del automóvil y de los bandidos. El coche llevaba la marca 37 J 6.

La Gendarmería trabaja activamente para descubrir á estos ladrones á la moderna.

En la cárcel de Lafayette, América del Norte, se ha construído una bomba, de la que saldrá el agua con fuerza suficiente para derribar á un hombre instantáneamente.

Se cree que será el mejor modo de calmar cualquier motín, sin necesidad de recurrir á las armas.

Víctima del deber

El día 4 del mes actual se recibió un telegrama del gobernador civil de Granada, dando cuenta de un suceso ocurrido en las cercanías de aquella población.

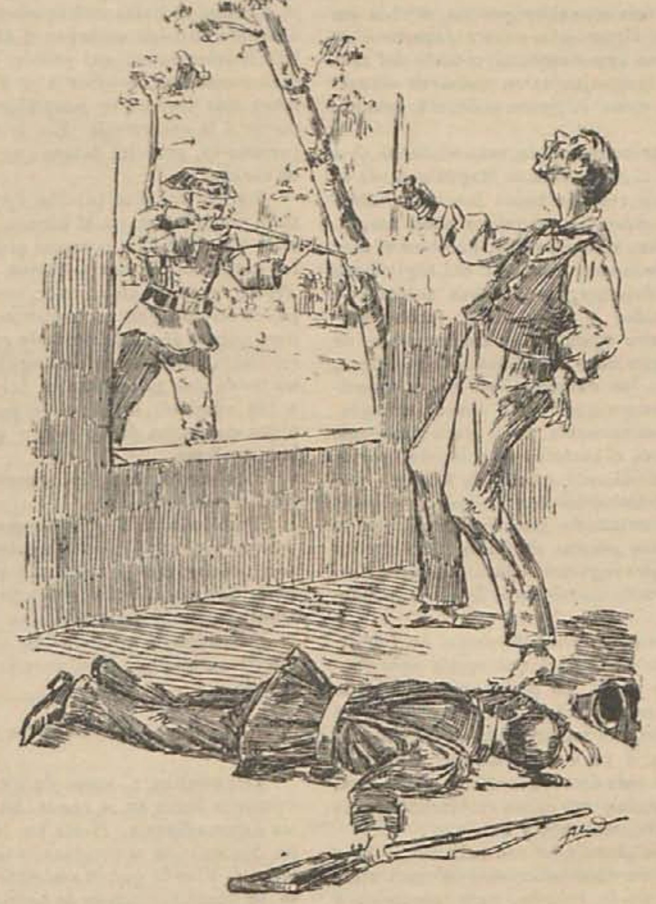
Una pareja de la Guardia civil, formada por Francisco Casado López y José Méndez Valenzuela, salió de la ciudad de los cármenes por la carretera de Jaén, en dirección al caserío del Arco, donde, según confidencias, se encontraba escondido el ladrón Francisco Alvea Barrio, autor de varios robos y licenciado de presidio.

Al llegar al referido caserío, los guardias empezaron por hacer un registro, cuando de improviso se vieron atacados en una habitación de la planta baja.

El malhechor, sin dar tiempo á que los guardias se echasen sobre él, hizo un disparo con una pistola, con tal acierto que el proyectil dió en el pecho de Francisco Casado, que quedó muerto instantáneamente.

Después de esto, el bandido se encerró y el compañero del guardia muerto, en unión de algunos labradores, cercaron la casa, para que no pudiese escapar.

Convencido el ladrón de que no podía salir sin ser detenido, abrió de nuevo la ventana é hizo un disparo contra José Méndez; respondió éste con otro, causando la muerte del bandido.



Asesinato del guardia civil Francisco Casado y muerte del bandido Francisco Alvea.

El guardia víctima del deber procedía del Colegio de Guardias jóvenes, era soltero y deja á su madre en completo desamparo. Tenía treinta y tres años.

En la población era muy querido, por su buen comportamiento, y los compañeros le profesaban gran estima, por su carácter afable.

El parte oficial á que nos referimos, dando cuenta del hecho, está concebido en los siguientes términos:

«Una pareja de la Guardia civil que salió anoche en persecución de un ladrón, autor de varios robos en caseríos de pueblos inmediatos, tuvo confidencia de que el individuo buscado estaba en el caserío del Arco, de la carretera de Jaén, á unos tres kilómetros de esta capital, donde se presentaron á las cuatro y media de esta tarde, y al practicar un reconocimiento, el ladrón disparó con una pistola Remington, atravesando el proyectil el pecho del guardia civil Casado.

El compañero de pareja de éste, llamado Méndez, vigilando las puertas y ventanas de la casa, vió al ladrón en el momento que éste tiraba sobre él.

Erró el tiro, y entonces el civil disparó el Maüsser y mató al foragido.

Este fué licenciado del penal de Granada el 6 de junio último, y se llamaba Francisco Alvea Barrio, natural de Cenes, pueblo de esta provincia.»

La muerte del guardia ha sido muy sentida.

Dramas de la "Camorra,,.

La señora "Chiarina,,.

Era una mañana de octubre.

Al puerto de Nápoles acababa de arribar un paquebot, del que saltó un hombre á tierra, buscando la dirección que debía seguir, en un plano que sacó del bolsillo.

—*Signor*— dijo una voz

Se volvió el viajero, á ver quien le dirigía la palabra, cuando diez, quince, cincuenta voces repitieron la misma palabra:

—*¡Signor! ¡Signor!*

Y al mismo tiempo intentaban apoderarse de la maleta del viajero.

Arrancó su equipaje de las manos que se lo disputaban y con acento inglés muy pronunciado dijo:

—¡Dejadme en paz!... No os necesito.

Los *lazzaroni* no se retiraron sin alguna que otra murmuración, viendo sus esperanzas defraudadas.

Uno de ellos, sin embargo, quedó delante de él diciendo:

—Señor, dejad que os lleve el equipaje... Mi madre está enferma, *¡signor!*

El inglés se encogió de hombros y murmuró:

—¡Sea!

El rapazuelo notó que pesaba extraordinariamente; pero, á pesar de su débil contextura, no quiso desperdiciar la ocasión y ganarse unos cuantos sueldos.

Se encaminaron hacia la población, pero cuál no sería el asombro del viajero cuando después de un instante de mirar hacia el pueblo, el equipaje y el conductor habían desaparecido.

Miró á derecha é izquierda; nada. De pronto vió una trampa en el pavimento y pensó que había huído por allí; descendió algunos escalones, y se encontró rodeado de una serie de galerías, de las que se desprendía un olor imposible de resistir.

—Por aquí ha huído —murmuró el viajero, y amenazó con los puños al invisible *lazzaroni.*

Pero era preciso tomar un partido.

El viajero alquiló un carruaje y se hizo conducir al puesto de policía.

Un *delegado de la seguridad pública* le recibió amablemente, preguntándole su nombre y su posición.

—Sir Philippe Hutchinson.

Y á continuación relató lo que le había sucedido.

—¿Qué contenía vuestra maleta?

El inglés se turbó.

—¿Qué contenía?—insistió el funcionario.

—Pues bien, mi maleta contiene un objeto que es... vamos, que vale más que lo que contiene esta cartera.

Y diciendo esto sacó una cartera del bolsillo, repleta de billetes de banco y de cheques.

—Pagaría cuanto fuese necesario por recuperarla. Soy cazador; se me ha muerto recientemente un perro, el que más apreciaba; lo he hecho embalsamar y va dentro de la maleta.

El representante de la seguridad pública sonrió imperceptiblemente.

—¡Comprendo! ¡comprendo!—murmuró con indulgencia—. Los ingleses son muy originales. En fin, vamos á buscar vuestro equipaje.

Tomó la dirección del hotel donde Hutchinson pensaba albergarse, y el singular viajero se marchó en el carruaje, conduciéndole á la fonda, que era de aspecto tranquilo.

La dueña del establecimiento se llamaba Chiarina y era muy conocida en todo Nápoles, haciéndose lenguas de su probidad, cualidad muy rara en la ciudad de los *lazzaroni*, y no se le conocía ningún amante. Era viuda y tenía treinta años.

Recibió á Hutchinson, le condujo al primer piso, una habitación clara y alegre, y le preguntó:

—¿Estaréis mucho tiempo, *signor*?

—¡Eh! No lo sé en verdad. Es preciso que antes recupere lo mío.

—¿Lo vuestro?

El entonces contó su historia. La viuda escuchaba sin sonreir, como había hecho el comisario.

—¿Habéis dado cuenta del hecho á la Policía?—preguntó la mujer cuando terminó el relato.

Y él respondió:—Desde luego.

—No volváis más Yo me encargaré de que os restituyan lo que os han robado.

Estupefacto, el inglés la miró:

—¿Cómo es esto?

—Ya veréis. Dejadme hacer. No os ocupéis de nada.

Sir Philippe creyó no deber seguir este consejo y resolvió hacer indagaciones personalmente, ignorando lo que eran Nápoles, sus intrigas y la *Camorra*.

Salió á la calle, y después de comprar una maleta, haciendo que de la tienda la llevasen á su domicilio, se detuvo de nuevo en el sitio en que había desaparecido su equipaje.

Bien pronto apercibió á varios individuos que le miraban con inquietud, pero ninguno se parecía al *lazzaroni* que le había desvalijado.

Sir Philippe almorzó en un restaurant del puerto. Estaba de mal humor.

Después empezó á andar y se encontró en el barrio del mercado. De pronto se le aproximó un sujeto, grueso, bajo de estatura, con bigote negro, y le dijo:

—¡*Signor*!

El inglés se estremeció.

—¿Qué hay?

—*Signor*, ¿tenéis la bondad de seguirme?

—¿Dónde y por qué?

—Tengo que hablaros. Venid á este café.

—¿A este café?

El inglés dudó. El café era de aspecto sospechoso, Después, pensando que tenía en su bolsillo un revólver, contestó:

—Vamos.

Entraron, y el primer consumidor que descubrió el inglés fué al ladrón que le había desvalijado, sentado en una mesa, y que le miraba fijamente.

Iba á dirigirse á él con el puño levantado, cuando sintió que le sujetaban fuertemente por la espalda y le conducían á una habitación próxima. Después le vendaron los ojos y le amarraron sólidamente.

Sintió que le tendían en el suelo y después oyó el ruido de una puerta al cerrarse.

Una cosa le llamaba extraordinariamente la atención:

—¿Por qué no me han robado la cartera?

Al tacto con el brazo sentía que estaba en el bolsillo.

Transcurrieron dos horas largas, cuando oyó el ruido de una cerradura.

Se abrió la puerta, y una mano quitó la venda de sus ojos, pudiendo ver que el sitio en que se encontraba era una cueva, donde había toneles, botellas y objetos diversos.

Tres hombres había delante de él: el que le había robado la maleta, el que le había conducido al café y el que le había introducido en la Comisaría, el portero de la Delegación.

El primero tomó la palabra:

—*Signor*—dijo—, mil perdones por nuestra libertad; pero no somos ladrones.

Y como el inglés hiciere un gesto,

—Somos *camorristas*—continuó el orador—, y tomamos de todos los viajeros una prima Habéis hecho mal en dirigiros á la Policía; entendiéndoos directamente con la señora Chiarina no se os hubiese molestado.

—¿Mi hospedera?

—Ella misma, que es jefe de sección. Ha fijado el precio del cadáver de vuestro perro en 100 libras esterlinas. ¿Queréis pagarlas y desaparecer de Nápoles?

. . . .

Sir Philippe, como buen inglés, era hombre práctico. Aceptó, se le desató, pagó, envió á buscar al hotel su maleta y tomó el tren para Roma.

Y cuando contaba después esta historia, terminaba diciendo:

—La historia terminó bien Pero que me lleve el diablo si vuelvo á poner los pies en aquel maldito país, que es la deshonra de la civilización. ¡Hacerme pagar 2.500 francos por un perro muerto!

Al cerrar nuestra edición, recibimos algunas fotografías y el retrato del guardia asesinado cerca de Granada, que publicaremos en el número próximo, con una relación detallada del suceso.

Un parricidio.

En el pueblecillo de Trentels se ha cometido recientemente un doble parricidio.

La familia Boulon, compuesta de padre, madre é hijo, los tres labradores, vivían en una finca situada en las cercanías del pueblo nombrado.

La finca tiene por nombre «La Cruz de Belén».

Hace tiempo que las disputas eran muy frecuentes entre el padre y el hijo. Este último quería que sus padres le cediesen la propiedad y él, á cambio, les pasaría una pensión vitalicia. Los padres se habían negado siempre, diciendo que conservarían la propiedad mientras viviesen.

Esto era causa de que el hijo estuviese irritado con sus padres. Un domingo, el hijo, que tiene treinta y cuatro años, hacia las cuatro de la tarde, después de sostener un nuevo altercado, cogió un fusil, y disparó sobre su padre, que cayó al suelo bañado en sangre, lo que no impidió que el feroz asesino se acercase para disparar un segundo tiro.

Su madre, loca de dolor, que había pedido socorro, sin que nadie acudiese en su auxilio, fué también víctima del hijo sin entrañas Este cargó de nuevo el fusil tranquilamente y disparó sobre la pobre mujer, que cayó mortalmente herida al lado de su marido.

Cuando vio á sus progenitores en el suelo en medio de un gran charco de sangre, el asesino salió de la casa y contó la horrible escena á una vecina. Después le dijo que fuese á dar cuenta á los gendarmes, que llegaron inmediatamente y detuvieron al parricida.

Boulon ha confesado ante el juez su enorme delito, con todo lujo de detalles, sin mostrar alteración ni arrepentimiento por lo hecho.

Páginas históricas

El rey de los estafadores

Increíbles aventuras de un seminarista que llega hasta oficial y se convierte después en redomado bribón, fingiéndose obispo, general y consiguiendo estafar estupendas sumas en España y diversas naciones.

Si no existiese en los archivos franceses el proceso; si no fuese popular la leyenda del estafador Collet; y si no estuviesen editadas las «Memorias» por él escritas cuando fué recluído á prisión, tendrían que ponerse en duda las estupendas aventuras de este sujeto, conocido por el calificativo de «rey de la estafa» Tan increíbles resultan y tal es la dosis de *frescura* é ingenio que supone realizar lo que durante tantos años hizo para apoderarse de lo ajeno.



Anthelme Collet nació en 1758, en Belley, en el Ain (Francia), de «padres pobres, pero honrados», según dice en sus Memorias él mismo. Su padre era carpintero y su madre costurera. Su padre, soldado en el 93, murió en Piemont á la cabeza del batallón que mandaba, y entonces se encargó de la educación del joven Collet. su abuelo, que no consiguió sacar partido alguno, pues á los doce años el chicuelo era lo que se llama un pillete, merodeador, ladrón, etc.

«Una buena vara de acebuche es lo que necesita», decía un antiguo general, amigo de su abuelo. El pequeño Collet, que se enteró de lo que decía el general, prometió vengarse Fué á casa de un pastelero y encargó veinte docenas de pasteles en nombre del general. Después, sabiendo que la esposa del militar estaba en cinta, se dirigió á todas las nodrizas que residían en el pueblo, para que fueran á presentarse. Figúrense los lectores el asombro del general y de su señora al ver desfilar por su domicilio nada menos que sesenta y ocho nodrizas y un sin fin de criados conduciendo bandejas de pasteles.

El abuelo, no pudiendo hacer carrera del nieto, envió á Collet á uno de sus tíos, cura párroco de Chalon-sur Saone, que, sacerdote no juramentado, tuvo que refugiarse en Italia. Convertido en Florencia limosnero de Francisco de Bernis, arzobispo de Allei, el tío hizo entrar al sobrino en un convento. Después del concordato, volvieron á Francia, y como Anthelme Collet rehusase tomar las órdenes, otro de sus tíos, jefe de batallón, quiso hacerle soldado y consiguió que le admitiesen en la Escuela militar de Fontainebleau. Diez meses después, Collet era nombrado subteniente y enviado á Brescia Como hacían falta militares, el ascenso de los oficiales era muy rápido. Quizá, como otros muchos, el joven Collet llegase á mariscal

Pero la milicia no le entusiasmaba. Decía en alta voz que prefería el claustro. siendo esto causa de que sus camaradas le designasen con infinidad de apodos, burlándose de su beatitud.

En el Ejército, sin embargo, había algo más que hacer que burlarse de los compañeros tímidos; era necesario batirse y el regimiento de Collet partió para Gaeta. En el primer combate resultó herido nuestro protagonista de un casco de metralla y fué transportado al hospital de sangre. ¡Una herida á los veintiún años! Esto ocurría en 1806; era el primer paso para conseguir el bastón de mariscal. Pero Collet, como decimos, llevaba á disgusto su vida mitar. Indudablemente, sentía mayores inclinaciones al claustro, y convencido de ello, desertó; no sin desvalijar antes á su vecino de cama, un oficial que, sintiéndose morir, le confió sus papeles y su cartera para que los hiciese llegar á su esposa. Collet lo guardó todo en el bolsillo, se desembarazó de su uniforme y se refugió en el convento de San Pedro, en Cardinal, decidido á hacerse sacerdote.

Allí permaneció dos años El mal soldado se había convertido en un novicio modelo Aprendió latín y siguió los cursos de elocuencia sagrada, estudiando, además, por propio impulso, los sermones de Massillon y Bourdalone, lo que le valió los plácemes del superior. El teniente desertor. tranquilo en su claustro, vivía tranquilo y dichoso, cuando fué agregado á los misioneros en la Pouille. Llevó tan bien su cometido, que guardó para sí 2.000 francos, sin duda como comisión Cuando volvió al convento se le encargó de enseñar el catecismo á los niños. El padre de su discípulo predilecto, un síndico, le invitaba frecuentemente á comer. Collet se apresuró á abrir los cajones de la mesa del despacho del síndico y á llevarse unos cuantos pasaportes en blanco. La soledad del claustro le pesaba tenía necesidad de libertad, y estos pasaportes le sirvieron. Decidido á jugarse el todo por el todo, habló con el superior y le explicó que poseía una renta de 10.000 francos, que no había podido recuperar por ser desertor y que deseaba entregar la suma á la comunidad. El padre superior le dió una carta para un banquero que se encargaría de negociarlo y de adelantar alguna cantidad.

Collet partió para Nápoles, donde el banquero Torlonia le recibió cariñosamente y sin pedirle explicaciones, le entregó 22 000 francos en metálico. Este era el principio de la fortuna Collet, ya rico, pensó en correr grandes aventuras.

Marqués, obispo y cura de aldea.

Alquiló un gran carruaje, tomó el nombre de marqués Dada, que inscribió en uno de los pasaportes robados y se dirigió á Capua. A la entrada de la ciudad, un agente de Policía le pidió el pasaporte, lo examinó y lo guardó. Collet tuvo miedo y pensó en huir, pensando que podía haber olvidado alguna formalidad del pasaporte, cuando llegó un comisario ceremonioso y respetuoso diciéndole:

—¡Monseñor! os presento toda clase de excusas. Mis agentes han obrado mal con una persona de vuestro rango.

Collet respondió en el acto:

—Han cumplido con su deber, señor comisario; tened la bondad de entregarle estos cinco luises, de mi parte, de parte del marqués Dada.

Y aquella misma noche, Collet comía en casa del comisario de Policía, encantado de tener en su mesa á un huésped tan distinguido. Era natural que se hablase de Policía. «Esta de Capua, dijo el magistrado, es una de las mejores de Italia. Nunca se nos escapó ningún bandido. Yo conozco á los malhechores y gente maleante, cualquiera que sea el disfraz que adopten » Collet se pregun-

taba si todo aquello no pararía en ser detenido á los postres. Nada de eso. Después de comer, el comisario llevó al marqués á dar una vuelta por la ciudad y Collet permaneció varios días en casa del comisario.

Después marchó á Gaeta, siempre en carruaje. En el camino ofreció un puesto en su coche á un oficial francés llamado Tholozan, del 10.° regimiento de línea y que era caballero de la Legión de Honor. Mientras charlaban, Collet se apoderó de la cartera. Se separaron en Terracina y Collet entró en Roma con el nombre del teniente Carlos-Alejandro Tholozan.

Los estafadores son afortunados. El azar parece entregarles sus víctimas. Un día miraba Collet los cuadros en la catedral de San Pedro, cuando se le acercó un sacerdote. Trabaron conversación y Collet dió su nombre: M. Tholozan, de Lyon.

—¿Cómo? ¿Sois el cuñado de M. de Courtine?

—El mismo.

—No podéis seguir viviendo en el hotel. Soy el abate Faux, secretario de su eminencia el cardenal Fesch, tío del emperador, y os venís á vivir conmigo en el Palacio.

Y he aquí á Collet instalado por el abate Faux en la *Piazza Colonna*, invitado á comer en casa de los principales dignatarios de la Iglesia. Llegó á Roma el cardenal Fesch y Co le , de rodillas, recibió la bendición del cardenal y comió á su lado por la noche. Era preciso aprovecharse de las circunstancias. Amigo del tío de Napoleón I, le fueron abiertas todas las puertas. Encargó un guardarropa y se hizo prestar por el mismo 60.000 francos; un confitero le dió 5.000. El jardinero de monseñor le prestó 1.800 francos. Un joyero le vendió á crédito alhajas por valor de 6.000 francos. «Hubiera podido desvalijar—dice Collet en sus Memorias—al último marmitón de la cocina episcopal.»

Pero aquello no podía prolongarse. Era preciso huir, por prudencia. Un día, que estaba solo en el gabinete del abate Faux, robó trajes talares y una bula con el nombramiento de obispo. Después, solemnemente, y tomando el nombre del cardenal Fesch, que le dió su bendición, hizo un viaje por Italia. Se detuvo en Viterbe para ver el túmulo de Santa Rosa y visitó Siena y Bolonia, donde continuó engañando á todo el mundo.

El buen comisario de Capua estaba equivocado. La Policía en Italia era una desdicha. Collet recogió en el correo una carta del cardenal, en que se le denunciaba á la Policía, y la rompió. Para mayor seguridad, se instaló en Lugane, en casa de un impresor y se hizo tipógrafo. Componía literatura y pasaba parte del tiempo escribiendo sus Memorias. Después le atacó de nuevo la pasión por las aventuras. Se aburrió en Lúgano, como se aburría en el regimiento y en el claustro. Pensó en fundar un teatro. No tenía compañía; pero ¿qué importaba? Se mandó hacer un uniforme de general, otro de comisario y otro de obispo. La comedia la desempeñaría él mismo y no le faltaría escenario. Empaquetó los trajes en un baúl y se dirigió á Francia.

En el camino se puso una sotana y se hizo pasar por sacerdote napolitano, precisado á huir por causas políticas.

En Gap, y gracias á las cartas robadas en casa del abate Faux, se presentó en la del gran vicario, que le instaló en el Arzobispado. Allí permaneció seis meses, diciendo misa diariamente. Por Nochebuena, el obispo le encargó un sermón sobre el nacimiento de Cristo, que obtuvo gran éxito. El curato de Monestier se hallaba vacante y Collet fué designado para ocuparlo. Cuando se instaló, el alcalde le saludó y todos los fieles acudieron á la iglesia á escuchar al nuevo párroco en la misa mayor. Collet se sintió emocionado y dijo: «Yo trataré, mis queridos hermanos, de conseguir vuestra confianza por mi celo, por mi celo en cumplir mis deberes y mi cariño hacia vosotros.» Era liberal con los pobres, socorría todas las miserias y sus fieles le profesaban gran cariño. Vivía dichoso en su presbiterio; todo el pueblo le surtía de vituallas. Decía la misa, confesaba, bautizaba, casaba y asistía á los entierros.

Pero esta vida de cura de aldea no podía por menos de parecerle monótona. Era preciso marcharse. Sólo que antes hizo una colecta entre sus fieles para edificar una nueva capilla y con el pretexto de comprar los materiales necesarios, desapareció para siempre.

Era el judío errante de los estafadores.

Nuevas hazañas.

Si la sotana de módico cura le había proporcionado grandes ventajas, el traje de obispo debía proporcionarle grandes éxitos. Sacó de la maleta la muceta de obispo y desembarcó en Niza con el nombre de monseñor Pascualini. La llegada de un gran dignatario es siempre un acontecimiento.

El obispo de Niza envió á su hotel al vicario general. Collet, muy grave, dió á besar su anillo y le otorgó la bendición pastoral. Solemnemente se le condujo al Obispado. Collet, por las calles, continuó bendiciendo á los fieles que se prosternaban á su paso y después una gran comida para festejar la llegada de Pascualini. Se habló de teología, y Collet se sintió hasta elocuente cuando se disertó acerca de la Santísima Trinidad. El obispo de Niza era muy fuerte en cánones.

Al día siguiente, visitó los seminarios. Los seminaristas, de rodillas, recibieron al obispo italiano cantando el *Laudate*.

—Mañana tengo que ordenar de sacerdotes á sesenta seminaristas. ¿Queréis ordenarlos en mi lugar?—le preguntó el obispo de Niza.

—No—respondió Collet.—Soy extranjero.

—Precisamente. Les haréis un gran honor. Si queréis, podéis interrogarles.

¡Hacerles sufrir un examen teológico, y delante del obispo de Niza! Collet no perdió la cabeza, y contestó:

—No, monseñor; es inútil. Vos los conocéis mejor que yo y vuestra intención no será, seguramente, ordenar burros.

Collet subió á su habitación, abrió los libros y pasó la noche aprendiendo el modo de ordenar sacerdotes. Releyó los sermones de Bourdalone, y al día siguiente, con el báculo y la mitra, distribuyó á los seminaristas el sacramento sacerdotal y recitó el sermón de Bourdalone, acerca de la *Ordenación*. Nadie se apercibió de la superchería; el sermón hizo gran efecto y el obispo de Niza felicitó á su querido colega Pascualini por su elocuencia. ¡Bourdalone era maravilloso! Pero esta comedia no podía reportar gran utilidad á Collet y marchó á Grasse, dirigiéndose á casa del comisario de Policía y diciendo que unos bandidos le habían desvalijado en el camino, y todos los habitantes de la localidad hicieron una colecta, que dió por resultado 30 000 francos. Después de haberse hospedado en casa de la generala Lafeniese, donde se presentó como antiguo soldado del ejército italiano, se decidió á ir á explotar París, la gran ciudad. Empezaba á cansarse de las provincias y de su traje de obispo.

¡París, el supremo refugio!

En París, Collet, con el dinero que tenía, podía vivir dichoso y tranquilo.

No, se aburría. Se aburría siempre. Tenía sed de aventuras. ¡Los disfraces eran su vida! Por casualidad encontró á un oficial que había conocido en Fontainebleau, M. de Saint Germain.

—¿Qué hacéis en París?

—Nada.

—Entrad en el Ejército.

Y el oficial le hizo nombrar teniente del 47 regimiento de línea, de guarnición en Lorient.

El antiguo desertor volvía á ser militar. Al cabo de ocho días sintió el *spleen* de las estafas. Pidió un permiso, cogió la sotana y se hizo pasar por canónigo honorario.

El prefecto de Boulogne tenía algunas sospechas y dió

orden de que se le detuviese. Con rapidez se despojó de la sotana y pasó por delante de los gendarmes con el uniforme de comisario.

Vuelto á Lorient con 60.000 francos, se instaló en el hotel de la Espada, ofreciendo banquetes á los oficiales, sus camaradas, con el dinero de las limosnas. «La fe salva—escribía en sus Memorias—; el mérito de la limosna no consiste en la dignidad ó indignidad del que la recibe, sino en la intención del que la hace.»

Como se ve, además de un estafador, el gran Collet era lo que solemos llamar en España *un fresco*.

Habrá quien se pregunte si Collet no estaría atacado de la manía de grandezas. Este estafador ¿sería un loco? Rico, sin necesitar dinero y sin ser jugador, quería robar, robar siempre y concibió el proyecto de robar al Estado. Lo que él quería era la gloria.

«La ambición—escribía—ha sido siempre mi pasión dominante.»

Pidió un nuevo permiso y abandonó Lorient, vestido de general inspector. Esto ocurría en 1812. Napoleón se encontraba en Rusia con un fuerte ejército, mientras en España continuaba la lucha encarnizada. Francia necesitaba soldados El general Mallet intentaba derribar el Imperio.

Una nueva falsedad no le importaba á Collet, y se fabricó una orden con amplios poderes para reorganizar el ejercito de Cataluña y se convirtió en el inspector general conde Carlos Alejandro de Borromeo. Llegó á Valence (Drome) y se hizo abrir las puertas de la ciudadela.

—¿Pero quién sois? - le preguntó el comandante de la plaza.—Vuestra visita no ha sido anunciada.

—He aquí la orden, que está en regla, ¡está todo tan desorganizado y el emperador está tan lejos!

Y el comandante se inclinó delante de este general, lleno el pecho de condecoraciones.

Entonces empezó un verdadero asunto de opereta. La guardia presentó las armas al general; Collet inspeccionó la ciudadela, y al día siguiente, en la gran plaza, pasó revista á las tropas Cumplimentó á los soldados por su buen aspecto, y al ver entre las filas á un anciano, le preguntó:

—¿Desde cuándo servís?

—Desde hace veinte años, mi general.

—¡Veinte años! ¿Y sois un simple granadero? Os hago teniente coronel y os agrego á mi Estado Mayor. Partiremos para Cataluña. ¡Sois un bravo!

Y volviéndose hacia el capitán.

—¿No estáis condecorado?

—No, mi general.

—Pues bien, lo estáis Os concedo la Legión de Honor.

Collet agregó á muchos oficiales á su Estado Mayor, y después de haber tomado 20.000 francos en la caja del regimiento, continuó su viaje. En Avignon, el comandante de la plaza, muy respetuoso, solicitó su protección para obtener un cambio de residencia. Collet lo prometió y tomó 115 000 francos de la caja En Marsella pasó revista á 2.000 hombres. Y continuó su triunfante inspección. En Montpellier, Collet visitó los cuarteles, las escuelas, la administración de los *Derechos reunidos*. El pueblo aclamó al general conde Borromeo. La muchedumbre le siguió por las calles y Collet distribuyó grados y cruces. Después de la revista, el prefecto de Montpellier le ofreció una gran comida. La Prefectura estaba iluminada, el *champagne* circuló con esplendidez y se brindó por el ejército de Cataluña y por las victorias futuras

De pronto se abrió la puerta y se oyó ruido de sables. Eran los gendarmes. El jefe del escuadrón colocó su mano en el hombro del falso general Borromeo y le detuvo, con todos los oficiales de su Estado Mayor.

¿Qué había pasado? Que el ministro desde París había dado orden de que se detuviese al falso inspector. El pobre prefecto, desolado, no cesaba de excusarse con sus convidados. ¡Qué aventura! ¡Y había pedido el ascenso al conde de Borromeo!

Empezó el proceso. Collet se negó á dar su verdadero nombre y el juez no pudo averiguarlo.

¡Y la opereta continuó! El suceso había hecho ruido y todo el mundo quería conocer al falso Borromeo. El prefecto le hizo salir de la prisión y lo llevó á la Prefectura, para enseñarlo á sus amigos como un animal raro. Dió una gran comida y á los postres debía presentarse el detenido. Pero un gendarme tuvo la imprudencia de encerrar al preso en la cocina Collet se vistió de cocinero, cogió una fuente, y saliendo de la estancia, ganó la calle. Estaba libre.

El prefecto se aterró No se trataba ya de su ascenso, sino de su cesantía, y ofreció una prima de importancia al que le detuviese. Collet no abandonó á Montpellier, y se alojó precisamente enfrente de la Prefectura. Desde su ventana presenciaba todo lo que ocurría en casa del prefecto y cuando se convenció de que la Policía había abandonado las pesquisas, salió de la población y se dirigió á Lorient, donde le esperaba su regimiento.

Por costumbre, en el camino trató de hacer una jugarreta á un comerciante de Grenoble; pero fué descubierto, detenido y condenado á cinco años de trabajos forzados. Nadie había reconocido en él al falso Borromeo. La prisión no le fué muy molesta. El alcaide le tomó afecto é hizo que comiese en su mesa, cuando un día un visitante, antiguo oficial que el preso había reclutado para su Estado Mayor de Cataluña, reconoció en él al falso Borromeo. Se le condujo á Montpellier y empezó de nuevo el proceso. En su habitación, Collet arrojó al fuego todos los papeles que pudieran comprometerle. ¡Ni una sola prueba! Se le envió, simplemente, á cumplir cinco años en el baño de Tolón Cumplida la pena, se vió de nuevo en libertad, pero teniendo que fijar su residencia, según la ley, en Passin Naturalmente, huyó. Se refugió en Toulouse, en casa de los hermanos de la Doctrina Cristiana. Al cabo de algunos meses, tenía las llaves de la comunidad, y con el pretexto de comprar un terreno, por cuenta del convento, marchó llevando consigo el dinero de los hermanos y el que debía percibir el notario por sus honorarios. Total, 74 000 francos.

El fin de un estafador.

Instalado en la Dordogne, bajo el nombre de conde de Goló, vivió en la casa del comisario de Policía, M. Lafond, un hombre sencillo que le dió las señas del ladrón, que se habían enviado á todas las Comisarías de Francia.

No terminaron aquí las hazañas de Collet. Compró un terreno á la viuda de un consejero de Burdeos y con el pretexto de ir á retirar fondos de casa de su banquero, en Periguex, pidió prestado al cura, al alcalde y al comisario de Policía y desapareció para no volver.

En el Maine, se instaló con el nombre de Gallat, alquiló un hotel, tomó numerosos criados, repartió dinero á los pobres y distribuyó diariamente comestibles entre los necesitados Pero volvió á sentir la nostalgia del robo. Compró á un propietario una granja, que no pagó; cambió la granja á un joyero por diamantes y vendió al mismo joyero una propiedad que no había existido nunca

Sus estafas, antes geniales, llegaron á ser triviales. Por último, dió lugar á que le detuviesen y esta vez para no escaparse.

Fué juzgado en Mans, después de un largo proceso. Collet había sido reconocido por numerosos testigos.

El abogado general, en estilo declamatorio, muy en boga en 1820, reclamó contra el monomaníaco de estafas una pena severa: «Conocéis los repliegues sombríos de ese corazón hipócrita, que no se ha alimentado sino de veneno, y cuyo elemento era el crimen ¡Camaleón monstruoso que tomaba todas las formas! ¡Reptil que se revolvía en todos sentidos, arrojando su veneno!»

Collet, temiendo que la elocuencia de su abogado no fuese igual á la del abogado general, prefirió defenderse á sí mismo.

Dijo simplemente:

«Señores, lo que os ha dicho el Ministerio público es exacto. Merezco los mayores reproches. No voy á hacer una defensa, sino una confesión humilde y sincera. No he nacido para el crimen. La impunidad es lo que me ha perdido.»

Los jurados condenaron á Collet á veinte años de tra-

bajos forzados y fué puesto en cadena y conducido á Brest. Los condenados, sus compañeros, le llamaban con respeto, *señor obispo*. Sus jefes le estimaban. Continuó recibiendo dinero, á pesar de la vigilancia que se ejercía. ¿De dónde procedía? Nunca se supo. Se envió á Collet á Rochefort, donde la vigilancia era más rigurosa. Los empleados se inquietaban de los recursos misteriosos del forzado. Collet en su celda escuchaba las conversaciones de sus vecinos.

—¿Ha llegado *el Obispo?*

—Sí. ¡Si vieras que grueso está! Está en el calabozo

—¿Qué ha hecho?

—Nada Pero se dice que tiene en el cuerpo los diamantes de la corona.

Finalmente, y temiéndose una evasión, se ordenó que se colocase al forzado solo en el banco 24 de la sala de San Antonio, durante veintiséis meses. Después de dos años de tortura, fué llevado otra vez al *Baño*, y allí empezó á escribir sus Memorias.

Un librero había publicado un obra donde Collet aparecía comparado á Cartouche, Mandrin y otros célebres bandidos. El forzado protestó. El no había sido sino un ladrón. «La sociedad - escribía al editor — me es deudora de algunos buenos ejemplares. Yo no soy un asesino. No he tenido sino sed de honores y de riquezas.»

Entonces se decidió á publicar sus Memorias, *las verdaderas*, «para hacer conocer al mundo», decía, á este Collet, á quien los jueces de Mans han puesto verde.

Cualquiera creería que sus hazañas habían terminado. Nada de eso. Desde presidio vendió las Memorias á dos editores distintos, á M. Bourdin, de la calle de Quincampoix, y á M. Roinac, y como consecuencia de ello, se entabló un proceso entre los dos editores. El Tribunal de París, en 1837, resolvió que Collet, estando condenado, no había podido tratar ni con el uno ni con el otro.

Las Memorias de Collet se titulan: *Memorias de un condenado ó la vida de Collet escrita por él mismo*. Los ejemplares que se conservan son muy escasos y aparecieron en 1837. Tres años después, Collet sería puesto en libertad y pensaba seriamente entrar en un claustro, como le había aconsejado el abogado general, cuando en 1840, el mismo en que alcanzaba la libertad, cayó enfermo y fué transportado al hospital, donde murió. En el delirio de la calentura hablaba de riquezas inmensas, de tesoros, ¡oro!, ¡oro! Y sus dedos se dirigían á puntos invisibles, como si fuesen á alcanzar el precioso metal.

Histórico

Un parte original.

Durante el periodo de la última guerra civil, de aquella lucha fratricida que asoló á España, haciendo que gastase sus energías y su dinero, descuidando otros intereses sagrados, se registraron actos de valor, de abnegación y heroísmo, que han servido de tema á no pocos escritores, ensalzando las glorias patrias y contribuyendo con ello á hacer desaparecer esa atmósfera de incultura que rodea á este país, tan mal comprendido por propios y extraños.

Pero dejaría España de ser lo que es, si al lado de estos mismos hechos no figurasen otros, dignos también de ser relatados y que contribuyen en muy mucho á que pueda juzgarse cuál es el carácter del pueblo español.

En la época á que hacemos referencia, operaba en la Rioja una división de Caballería conocida vulgarmente con el calificativo de *Caballería de la Ribera*, por el lugar en que estaba acampada.

Dicha división tenía establecida, como es natural, su vigilancia, y había colocado puestos avanzados en diversos puntos.

Jefe de uno de éstos era un cabo que á botes de lanza debía sus galones, con valor demostrado en diversas ocasiones y que á ello unía intachable comportamiento, aunque de *letras*, según confesión propia, andaba medianejo.

Organizó el cabo sus fuerzas en la forma que le sugirió su escaso cacumen, para evitar una sorpresa, deseando tan sólo que se le presentase ocasión para demostrar se le había confiado misión tan delicada, y que el que por méritos personales, propios, había ganado los galones de cabo, podía también llevar dignamente los de sargento.

¡Y poco que le iban á admirar en el pueblo, cuando se presentase con su brillante uniforme, con sus cruces y con sus plateados galones, ganados todos á punta de lanza!

Porque aquello eran méritos, y no las estrellas de los oficialetes, debidas muchas veces á influencias de Madrid y nada más. . ¡ah, si él pudiese hablar!

Pero el caso es que á pesar de los deseos del buen cabo, los días transcurrían en una monotonía irritante. Ni ladrones, ni cazadores furtivos, ni carlistas...; para él, que aquello de don Carlos en Aragón era una pura fábula, inventada por el Gobierno para subir las contribuciones...

¡Estaba por presentar la dimisión!

Una noche, y apenas acostada la fuerza, se oyó formidable estampido de un trueno, precursor de torrencia lluvia, que duró hasta la madrugada.

Por la mañana pudieron verse los efectos. Los árboles sin ramas parecían postes de telégrafos, el río, el Ebro, había crecido extraordinariamente, amenazando inundar los pueblos próximos... La ocasión de redactar un parte que no llevase el consabido *Sin novedad*, había llegado.

Cogió nuestro baturro la pluma, se hurgó la barbilla con ella, dirigió varias miradas al cielo y recordando aquellos partes que durante las horas de *letura* había emborronado, escribió:

El cabo que suscribe da parte á V. S. que durante la noche anterior no ha ocurrido más novedad que las mencionadas al respaldo.

Y en el respaldo, sus primores caligráficos pusiéronse de relieve con el encasillado de rúbrica y los tres encabezamientos *Clases, Nombres, Novedades*, encerrados en rectangulares cajetines. Pero el *relleno* del encasillado ¡cutro! era para hacer pensar al menos *leído*. Nuestro cabo quedóse perplejo un momento y al fin terminó su obra:

Clases, río; *Nombres*, Ebro; *Novedades*, salido de madre.

Y muy satisfecho de su obra, remitió el oficio al coronel

Cuál no sería su asombro al recibir un telegrama de su jefe, ordenando que repitiese el parte en forma más respetuosa y que después se presentase para cumplir en el calabozo dos meses de arresto que le imponía por su intento de tomadura de cabello, pues el coronel había tomado como falta intencionada el partecito.

Excusado es decir la noche que pasaría el cabo.

Adiós sus galones de sargento, su uniforme nuevo y sus proyectos para el porvenir. ¿Pero qué quería el coronel? ¿Para qué eran aquellos casilleros que tan claramente decían lo que había de consignarse? ¿Le parecía poco suceso? Pues lo habría, y grande, y dispuesto á todo y á demostrar á su coronel la razón que le asistía, después de larga meditación redactó el adjunto parte á la mañana siguiente:

El cabo que suscribe tiene el honor de poner en conocimiento de la superior autoridad de V. S. que no ha ocurrido novedad; pero que la habrá mañana, y muy gorda.

Y efectivamente, al clarear el día, el cabo de nuestra historia, con las fuerzas á sus órdenes, se pasaba al campo carlista, renegando de quien inventó el primer parte.

Se asegura que hasta hace diez años, el 90 por 100 de los condenados á muerte eran ejecutados.

Hoy la proporción ha disminuído notablemente.



Venía luego una gran cruz blanca, estandarte de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, llevada por un religioso de la Orden; después, los dominicos, con su ordinario hábito. En el pecho, en medio del escapulario negro, que les llegaba á los pies, brillaba una gran cruz blanca, y colgaba de la cintura un largo rosario.

Esta milicia sagrada era innumerable; porque los dominicos pululaban en España.

Seguía luego el duque de Medinaceli llevando, según el privilegio concedido á su familia, el gran estandarte de la Fe, que era un pendón de damasco, en el cual estaban bordadas, por un lado, las armas de España, y en el otro, una espada desnuda, rodeada de una corona de laurel, rodeada con este mote: «Justicia y misericordia».

Detrás del noble duque venían los grandes de España y los familiares «patronos» (celadores) de la Inquisición. Estos últimos eran en gran número. El poder más inicuo siempre tiene numerosos satélites. porque como el terror y el interés personal son grandes móviles ¡y el egoísmo es la lepra de la humanidad!

La multitud miraba silenciosa desfilar el cortejo. Los frailes y los familiares marchaban humildemente con la cabeza baja, murmurando entre labios las sublimes preces de la Iglesia de Cristo, que nada significaban saliendo de la boca impura de esos hombres de corazón helado, que conocían á fondo el formulario de los devotos, ¡pero ninguna de las prácticas de verdadera piedad!

A pesar suyo, el pueblo permanecía mudo y aterrorizado en presencia de esa pompa de la muerte.

Pronto aparecieron los condenados, que eran cincuenta, é iban mezclados hombres y mujeres, ancianos y niños, sin distinción de rango ni sexo.

Iban al frente las víctimas condenadas á penitencias ligeras; llevaban un sambenito de lienzo con una grande cruz de San Andrés de paño amarillo en el pecho; con la cabeza descubierta y los pies desnudos, que se les magullaban con las asperezas del camino.

La actitud de estos pobres desgraciados era triste y humilde; conocían que, aunque se hubiesen librado de la muerte, la la Inquisición, señalándoles con el dedo, los condenaba á una eterna infamia. No atreviéndose á destruir su vida material, aniquilaba su vida moral; y á esto llamaban «ligeras penitencias».

Detrás de las primeras víctimas venían los condenados á galeras, á azotes y á cárcel.

Después de éstos marchaban los condenados al fuego, que, gracias á una confesión tardía, habían obtenido el favor de la estrangulación. Llevaban un sambenito, en el cual había pintados diablos y llamas vueltas hacia bajo, y en la cabeza una coroza de tres pies de alto.

Los que debían ser quemados vivos iban al último. Su sambenito estaba cubierto de figuras diabólicas, pero con llamas ascendentes, y llevaban igualmente coroza.

Todos los condenados, sin distinción, llevaban un cirio de cera amarilla en la mano.

Los que estaban condenados á muerte iban escoltados por dos familiares y dos religiosos. Estaban generalmente flacos, pálidos, lívidos; varios de ellos sólo podían andar ayudados de los religiosos y de los familiares, que los llevaban más bien que no los sostenían.

Era una procesión de agonizantes que iba al encuentro de la muerte.

Entre éstos iba el último el infortunado don Manuel Argoso.

Rotos todos sus miembros, debilitado por sus dolores morales, por el régimen del calabozo, por el tormento del agua, que, habiéndole roto varios vasos de su pecho, le causó vómitos de sangre, Manuel Argoso no andaba; quemados sus pies hasta los nervios, no podía sostenerse y le llevaban dos familiares. Dos frailes dominicos, que también le ayudaban á andar, le exhortaban con voz adulzarada para que se convirtiera; pero el degraciado conde de Cevallos parecía haber perdido hasta el sentimiento de la existencia.

Su rostro térreo y lívido tenía ya el color de la tumba, y sus ojos, empañados y fijos, tenían aquella dirección oblicua que toman los de los moribundos en el momento en que, próximos á dejar la tierra, tal vez dirigen sus miradas hacia otra patria.

¿Quién es capaz de sondear los misterios de la agonía y de la muerte, de la postrera lucha entre la forma terrestre y el hombre inmaterial?

A la vista de su antiguo gobernador, de ese hombre justo, dulce, caritativo, á quien habían amado como á un padre, las gentes del pueblo, ardientes y sensibles como todo lo que es primitivo, se sintieron conmovidas hasta á punto de llorar; pero no se atrevían á manifestar claramente su compasión. Muchos ocultaban la cabeza entre sus manos, fingiendo que oraban para ocultar sus involuntarias lágrimas.

Al momento en que los condenados al fuego salieron de la cárcel, los garduños confundidos entre el gentío, con un rosario de enorme longitud, y teniendo á su cabeza á Mandamiento, se colocaron en procesión á los dos lados de las víctimas, y siguieron devotamente al cortejo orando con fervor. Dos guapos fuertes y robustos se colocaron cerca del gobernador; y varios chivatos iban por delante y detrás de ellos orando y dando todas las señales exteriores de la más profunda piedad.

Un gran número de garduños se habían mezclado entre las gentes del pueblo, que preparadas por Esteban y sus amigos, se prestaban sin saberlo á esa conjuración misteriosa, se separaban por sí mismos, sin decir nada, cada vez que un garduño tenía necesidad de ir ó de venir libremente, según el puesto que quería ocupar: era como un convenio tácito.

A medida que desfilaba la procesión, nuevos garduños acudían de los dos lados y se incorporaban devotamente con ella.

Por fin comparecieron las últimas víctimas, las que desafiaban el tormento y las llamas.. Esto es, los muertos.

Ni aun á éstos se les había querido dejar la paz de la tumba. No pudiendo quemar su carne, quemaban sus huesos y su estatua. Estaban encerrados en baules; y las imágenes de los que ya no existían, las llevaban en estatuas de cartón al lugar del suplicio para entregarlas á las llamas.

La Inquisición hubiera ido á buscar sus víctimas al Paraíso ó al Infierno, con tal de satisfacer su «santa» venganza.

Todo el tiempo que duró el paso de los mártires, un profundo y religioso silencio reinó en la multitud, que seguía con ojo ávido, tierno, su marcha lenta y penosa. Triste y horrible á la vez, era ver á esos frailes impíos ó fanáticos, con un crucifijo en la mano y palabras de paz en los labios, exhortando á las víctimas de su barbarie, en nombre del que pendiente de la cruz, perdonó á sus verdugos.

¡Oh! ¡Cómo en esos tiempos de fanatismo y de opresión religiosa, se cumplían aquellas proféticas palabras del Hombre Dios!:

«¡Yo no he venido á traer la paz á la tierra, sino la espada!»

Porque el divino reformador sabía cuánto tendrían que sufrir sus discípulos de todas edades, de parte de los «escribas» y «fariseos», raza impura que se perpetúa por la afiliación y no por la «creación», y se alimenta de cadáveres, como los gusanos del sepulcro.

(Continuará.)

Curiosidades.

Aparato para nadar.

Lo ha inventado M. Baker, de Cleveland, y consiste en una pequeña máquina movida por los pies, que transmite la fuerza á una hélice. El mecanismo está colocado sobre una especie de tabla en que descansan el pecho del



nadador y un tubo. El aparato tiene unos flotadores metálicos y pesa en total de 10 á 12 kilos. El desarrollo del pedal imprime una velocidad de un metro por cada golpe, sin necesidad de hacer uso de los brazos.

El inventor dice que este aparato es utilísimo, sobre todo para los niños, que por este medio pierden por completo el miedo para aprender á nadar, cosa muy natural, no sólo en los niños sino en las personas mayores.

El genio y la cabellera.

Los estudios de César Lombroso sobre las anomalías del genio, lleváronle á la conclusión de que las cabezas dotadas de cerebros superlativos no pueden estar provistas de abundante cabelleras.

El célebre alienista podía, en verdad, presentar, entre los hombres de genio, muchos ejemplares de escaso cabello y de escasa barba; pero lo cierto es que abundan los ejemplares contra la teoría del sabio italiano.

El doctor Badloe dice que los adivinos ingleses tienen el pelo castaño ó negro, como también son morenos los mejores actores de todas las nacionalidades. Los reformadores religiosos son rubios. Los viajeros y exploradores son morenos.

«Moltke llevaba una peluca que no engañaba á nadie»; decía Bismarck que era pelado como la palma de la mano.

Bulwer Lylton, calvo también, reparaba la falta de cabellos con la habilidad de un peluquero.

Gladstone y Salisbury perdieron también el cabello antes de llegar á viejos.

Chamberlain, Devonshire y Balfour pueden enorgullecerse de sus cabelleras.

Dos de los hombres que, en sus respectivas esferas, han operado las más prodigiosas revoluciones de nuestra época, el presidente Díaz, de Méjico, y el emperador del Japón, poseen abundantísimas cabelleras, blanca como la nieve, el primero, y negra, el segundo, como las alas del cuervo.

Los compositores como Wagner, Verdi, Sullivan, Rubinstein, Gounod, Bretón, etc., todos están bien dotados de cabellera; Listz poseía una cabellera de león.

Respecto al arte pictórico, Alma Tadema, el famoso pintor, posee una cabellera abundantísima, y no citamos á los españoles contemporáneos, por ser sobradamente conocidos.

Todo esto va en contradicción de lo sustentado por Lombroso; pero como se trata de un genio reconocido, inclinamos la cabeza y creemos firmemente que somos nosotros los equivocados.

¡No cuesta nada!

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.